

# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS POETAS

## LUIS DE ANSORENA



Está empezando ahora, y tal empieza  
que el puesto que le aguarda es eminente,  
porque es hombre que siente la belleza  
y la sabe expresar como la siente.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Romance morisco, por José Estremera.—Sonambulismo refinado, por Juan Pérez Zúñiga.—Las niñas de la Central, por Eduardo de Palacio.—De tiendas, por José López Silva.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—La salvación de Carlos, por Francisco Flores García.—¿Conque te casas?, por Antonio Chápuli Navarro.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Luis de Ansorena.—La buena sociedad.—Remember, por Cilla.



Los tiempos han mejorado notablemente.

Antes andaban por ahí los escritores con unas levitas color de rata y unas botas sonrientes, parando en la calle á sus amigos para decirles que se les había hundido la casa, y necesitaban cuatro pesetas para muebles y dos ó tres reales más para echar cráneos nuevos á los niños.

Había literato que pasaba las roches en un cajón de la plaza del Carmen, envuelto en unas enaguas, en compañía de un perro y dos espueñas; y hasta se dice que alguno, privado de toda alimentación, tuvo que comerse, entre espantosos remordimientos, el loro de la patrona, para poder obsequiar á un amigo que venía de provincias á vivir del sable.

Hoy los escritores se sientan á la mesa de los magnates y asisten á las grandes recepciones vestidos de frac; y alguno conocemos que usa gorro de terciopelo para andar por casa y calcetines de seda para cuando tiene que leer en las tertulias.

Hasta hace poco tiempo no supo un popular autor dramático que existían los calzoncillos; y al preguntarle cierta vez por qué no los usaba, replicó con la mayor ingenuidad:

—Pero qué, ¿existe eso?

—Claro que sí—le contestaron.

—Es la primera noticia que tengo.

—Pero ¿no has oído hablar nunca de los calzoncillos?

—Sí; pero siempre había creído que se trataba de una prenda puramente imaginativa.

Buena diferencia entre aquellos tiempos en que Pelayo del Castillo dormía sobre los bancos de la Plaza Mayor y esta época de abundancia y magnificencia, en que cualquier noticiero humilde usa gabán de pieles con vistas á la calle y puede encargar una dentadura postiza á Whitmarsh y García Vélez, notables dentistas del Paseo de Recoletos.

Recientemente, un ilustre general ha sentado á su mesa á varios escritores bien vestidos, y que le pregunten si le ha faltado alguna cucharilla.

Y es que, como decíamos antes, los tiempos han mejorado notablemente, y todo el que escribe, cobra mal ó bien, pero cobra al fin, y puede cubrir sus carnes con aseo y comer de cuando en cuando, y hasta permitirse el lujo de hacer el amor á una característica, de esas que van á los cafés por las noches en busca de un corazón que las comprenda, y lo más que toman es una ración de riñones salteados y chica de vino.

Los escritores de otros tiempos eran muy desgraciados, porque no conocían los primores de la cocina francesa ni se veían engrandecidos por los poderosos, como sucede ahora, que no hacen éstos más que verle á uno, y ya le están diciendo:

—¿Conque usted es Octavilla? Hombre, ¡cuánto celebró conocer á usted! Le he leído á usted mucho.

—Tantas gracias.

—¿Se acuerda usted de aquella composición dedicada al Citrato de Magnesia que publicó usted en *El Eco de las Peptonas*?

—¡Vaya si me acuerdo!

—A mi señora le ha gustado tanto, que se la sabe de memoria. Es usted el poeta más purgante que conocemos, porque llega usted á lo profundo.

—Es favor.....

De tal suerte se ha desarrollado la afición á los escritores públicos entre las personas pudientes, que siempre nos están convidando á comer; y aun no hace muchos días que un caballero viudo, con cuatro hijas y una cuñada bastante anémica, nos invitó á almorzar, en compañía de un poeta filipino, que á los postres leyó hasta veinticinco composiciones diferentes, de modo que no sabía uno á qué atender, si al queso ó á la poesía.

Y el caso fué que nos obsequiaron muchísimo.

—Va usted á tomar este alón con un poquito de lechuga—nos decía la cuñada.

—¡Ay! Si no puedo más—contestábamos nosotros.

—No me desprecie usted, porque me incomoda.

—No es desprecio.

—¡Si no ha comido usted nada!

—Puede que esté enamorado—dijo una de las niñas.— Como es poeta.....

—¿Poeta? Dios lo haga mejor.

El filipino quiso devorarme con una mirada, pero pudo reprimirse, y se entregó á la lechuga silenciosamente.

—Sabe Dios las cosas que dirá usted de nosotros mañana en el MADRID CÓMICO—siguió diciendo la cuñada.

—¡Líbreme Dios!

—No, no; puede usted decir lo que gust, porque no nos ofendemos. Lo único que no le permito es que aluda usted á estos dos dientes de delante.

—Pues le están á usted perfectamente.

—Eran de mi mamá, que esté en gloria, y los uso en casa como recuerdo.

—¡Qué amarillitos y qué monos!

—Se me han quedado así con las medicinas, porque no sabe usted cuánto padezco. Cuando no es la cabeza, es el hígado, y así sucesivamente.

—Esta siempre ha sido muy delicada—interrumpió el cuñado,— y todo proviene de cuando se le cayó encima un eclesiástico, viniendo de las aguas de Mondáriz. Si yo le contara á usted cosas, podría escribir muchos artículos, porque la vida de ésta es una historia que ya, ya. En fin, con decirle á usted que un día nos la robaron, juntamente con dos colchones y otras prendas, hasta que dimos con ella en la calle de Cabestreros; pero esto no lo diga usted en el periódico, porque siempre rebaja.

—Pierda usted cuidado.

—Lo que puede usted decir es que he sido un padre para ella. Sólo en aceite de hígado de bacalao llevo consumidos más de catorce mil reales. Ultimamente ya se lo dábamos con un embudo.

La conversación durante la comida fué lo más amena del mundo, como puede verse por lo escrito; y lo mejor del caso está en que el viudo se propone convidarnos á comer todos los jueves, en unión del filipino, que es incansable en la fabricación de baladas, poemas, cantos y demás pedruscos del Archipiélago.

La condición del escritor público ha mejorado notablemente, pero no sabemos, después de todo, cuál vida es preferible, si aquella de que nos hablan los viejos, llena de contrariedades y escaseces, ó ésta de comilonas diarias y agasajos inverosímiles, que nos hacen perder la salud y la paciencia, entre lisonjas inmerecidas y frases del tenor siguiente:

—Vamos, Fulanito, diga usted algo, á ver si nos ponemos de buen humor.

LUIS TABOADA.

## ROMANCE MORISCO

Sultana de negros ojos  
y la de las trenzas negras,  
deseo de los galanes,  
envidia de las doncellas;  
la que ostenta en el estío  
flores que pasan vergüenza

al ver que las de esa cara  
tienen ventaja sobre ellas;  
la que estando cara al sol  
se retira con modestia,  
no porque la ofenda él,  
sino porque él no se ofenda:

¿dónde, hermosa mulsumana,  
hallaste la mala lengua  
que calumnias me levanta  
y que mentiras te cuenta?  
¿Quién es el necio, que tanto  
por tu dicha se interesa,  
que toma erradas noticias  
del que amante te corteja?  
Maldito mil y mil veces,  
maldito quien fuere sea,  
que por vagas conjeturas  
me quitó una dicha cierta.  
Si dijo que amaba á otra,  
después que la dicha inmensa  
tuve de ver esa cara,  
que hoy tanto pesar me cuesta,  
¿cómo, hermosa de mis ojos,  
pudo ser que lo creyeras,  
sin ver que en eso, al decirlo,  
te infería grave ofensa?  
Que, después de haberte visto,  
necio es quien de otra se acuerda;  
no hay ojos que, comparados

con esos tuyos, no pierdan,  
ni rostro que junto al tuyo  
no se corra de vergüenza.  
Fué una calumnia alevosa,  
traidoramente dispuesta,  
puesto que, ignorada, hacía  
imposible la defensa.  
Y díle al que te lo dijo  
que él no me dirá quien sea,  
pues tendrá tardo el alfanje,  
como la lengua ligera.  
Y díle que, si averigua  
quien así soltó la lengua,  
pues que con ella me ofende,  
he de dejarle sin ella.  
Si hoy, aun sabiendo que es tarde,  
mi disculpa hasta tí llega,  
es porque tú me perdones  
imaginadas ofensas.  
Esto tan sólo te pide  
quien humilde al cielo ruega  
que siempre vivas dichosa,  
aunque yo de celos muera.

JOSÉ ESTREMEIRA.

## SONAMBULISMO REFINADO

Hace poco más de un mes  
entró en casa una doncella  
que era, según vi después,  
sonámbula toda ella.

Como Belén (pues la tal  
se llamaba de este modo),  
lejos de servirme mal,  
supo darme gusto en todo,  
yo me dije: «Puesto que  
no sirven todas lo mismo,  
¿qué demonio! pasará  
por lo del sonambulismo.»

Y así la cosa resuelta,  
fuimos las noches pasando:  
yo durmiendo á pierna suelta,  
y ella *sonambulando*.

Á medianoche salía  
del lecho blando y caliente,  
y la casa recorría  
cantando inconscientemente.

Unas noches, en voz baja,  
contaba de mí la indina  
cien chismes á la tinaja,  
creyéndola su vecina.

Doimida como un lirón,  
ilustraba las paredes  
con dibujos al carbón....  
que escuso explicar á ustedes.

Cierta noche de Febrero,  
la infeliz, sin darse cuenta,  
vertió dentro del tintero  
un puñado de pimienta.

Otras noches ¡pobrecita!  
hallaba extraño deleite  
en dejar suelta la espita  
de la zafra del aceite.

Y si en la despensa entraba,  
por hallar la puerta abierta,  
dormida el jamón sacaba.....  
para comerlo despierta.

En fin, tanto me quemó  
que renegué de mí mismo,  
y dije: «¡Hasta aquí llegó!  
¡Basta de sonambulismo!»

Pero, al darle la cartilla,  
pensé: «Aunque no me conviene  
tanto desmán... ¡pobrecita!  
¡bastante desgracia tiene!»

En suma: no se marchó,  
y una noche (¡triste fué!)  
cuando ella se levantó,  
casualmente desperté.

Con curiosidad me fui  
tras ella por el pasillo.  
Luego un fósforo prendí  
para encender un pitillo,  
y encontré ¡quién lo diría!  
esperando á la doncella  
un cabo de artillería,  
que dijo ser primo de ella.

Quise aplastar su nariz,  
pero me dijo Belén:  
«¡Perdone usted al infeliz!  
¡¡que es sonámbulo también!!»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## LAS NIÑAS DE LA CENTRAL

¡Pobrecitas!

¡Son tan monas, tan laboriosas y tan inteligentes!

Si ustedes las vieran, se enamorarían, de seguro; es decir, sentirían cierto afecto por tan preciosas criaturas.

En otro tiempo la mujer no tenía otra salida, decorosa se entiende, que el matrimonio.

Así lo declaraban ellas y sus propias mamás.

Hoy hemos abierto nuevos caminos á la actividad de la mujer.

La maquinaria ha suprimido brazos de hombres en varias industrias, y manitas de mujeres en diversos trabajos mecánicos.

El furor de los inventores ha llegado hasta el extremo de presentar uno de ellos una máquina para afeitarse, y ya se anuncia otra para hacer que brote pelo aunque sea en una olla zamorana.

Los barberos de París protestaron contra la máquina de rasurar al país; esto es, los oficiales de barbero, porque los dueños de establecimientos del ramo suponían que por el medio nuevo podrían prescindir de los servicios de los oficiales.

Éstos levantaron la voz, y deben agradecerlo los innovadores, porque los oficiales pudieron levantar las navajas, y habría sido peor para los reformistas en el arte.

Consecuencia de la invención de la máquina para coser ha sido la cesantía, por excedencia, de algunos centenares de oficiales de modista, de

chalequera, de pantalonera, de ribeteadora, guarnecedora, y de otros varios ramos de la aplicación femenina.

Pero el progreso facilita á la juventud del sexo débil nuevas vías de trabajo.

—Andando los años habrá aún más caminos para la mujer.

El servicio telefónico es una carrera nueva para las muchachas estudiantas.

El servicio telefónico es aún más penoso que el doméstico á que se dedican chicas de otra clase.

«Po-bres chi-cas,» según Felipe Pérez y Chueca.

El servicio público es intolerable.

Ustedes no saben lo que es el público y lo que es servir al público en un puesto oficial.

Es peor que servir á «un señor solo ó sacerdote,» según me han asegurado algunas funcionarias particulares, pero públicas.

Y en teléfonos aun más penoso que en otros puestos.

—Central.

—Presente.

Ó esta otra respuesta, más fina y «plus touchante» que la anterior:

—Servidora.

—Comunicación con el núm. 4075, Sr. de Manojos, etc.

—Enseguida—responde con acento dulcísimo y entonación respetuosa el ángel facultativo á quien corresponde el botón indicador.

Voz que llega al corazón, después de recorrer los alambres, con sobrada potencia para penetrar en nuestra «preciosa víscera.»

Y dos segundos después suena el timbre y llega á oído del que llamó la voz de Manojos, estentórea y desagradable.

—¿Quién llama?—pregunta.

Esta diferencia de tonos revela que el teléfono no dulcifica la voz.

Las de las niñas de guardia llegan á nuestros oídos dulcísimas porque lo son.

Antes de que Manojos llame, como es natural, el ángel telefónico ha avisado por el hilo á dicho señor, diciéndole:

—El número 5890 pide comunicación con usted.

¡Qué horas tan largas y tan angustiosas son las que pasan en las guardias esas víctimas de una carrera tan escasa de porvenir y tan mal remunerada!

¡Ah! Si el Sr. Mansi hubiera empezado la de director por la escala de muchacha telefonista, ¡cómo distinguiría al cuerpo de ángeles eléctricos!

Esas luchas contra el sueño, enemigo implacable de la laboriosidad, con la delicadeza de las formas y costumbres, de esas mártires del aparato, y con la torpeza de algunos suscritores del teléfono, cansa y disgusta.

Porque hay personas que aun no se han enterado, ni se enterarán jamás, Dios mediante, ni del manejo del aparato.

No falta quien suponga que pueden retratarle por teléfono.

Ni quien crea que puede, sin salir de su casa, disfrutar por medio del teléfono del *diner Lhardy* en el propio establecimiento.

¡Y ellas, las niñas de la facultad telefónica, siempre resignadas é indulgentes con la torpeza, con los abusos y aun con las faltas de educación!

Verdad es que han conseguido ser miembros ó miembros de un cuerpo facultativo.

Una carrera honrosa.

Entre ser maestra de instrucción primaria, gratuita ella, y ser oficiala, y no de florista, por ejemplo, sino de teléfonos, no cabe dudar en la elección. Pero merecen mayor recompensa y consideraciones y derechos pasivos, siquiera, cuando lleguen á verse viudas de alambre.

Sin embargo, confieso que varias veces he sentido deseos de aspirar á niña de la Central.¡

Me explicaré: no motivaba la envidia mis deseos, sino la simpatía que me inspiran esas mártires voluntarias del servicio público.

Verme en prácticas entre ellas, partir las horas del día y de la noche, «hacer guardias» con algunas de ellas y, al verlas agobiadas por el exceso de trabajo, «echar una mano,» como se dice vulgarmente, vamos, auxiliarlas con mis facultades y con mi colaboración desinteresada, esto sería para mí un motivo de satisfacción y regocijo.

¡Porque son tan interesantes, tan laboriosas!

EDUARDO DE PALACIO.

## DE TIENDAS

—Buenos días, Secundino.

—Muy buenos, doña Melecia.

¿Y el esposo?

—Muy bien, gracias.

—¿Y las niñas?

—Todas buenas.

Es decir, la Merceditas

está así, un poquillo inquieta

con lo de siempre, pero hijo,

no hay más que tener paciencia

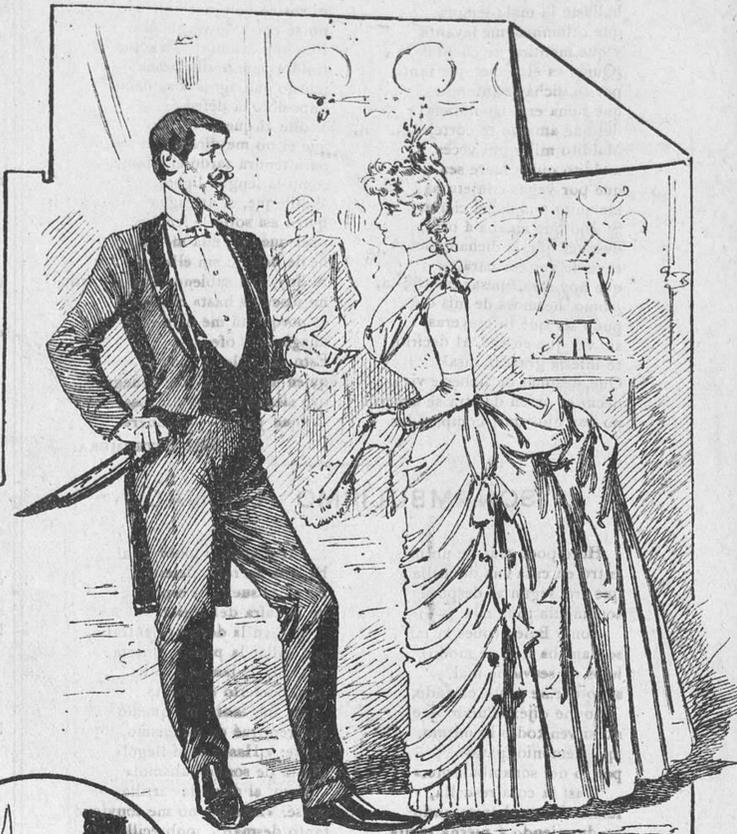
y aguantarse. Por supuesto,

eso es natural en ella,

# LA BUENA SOCIEDAD



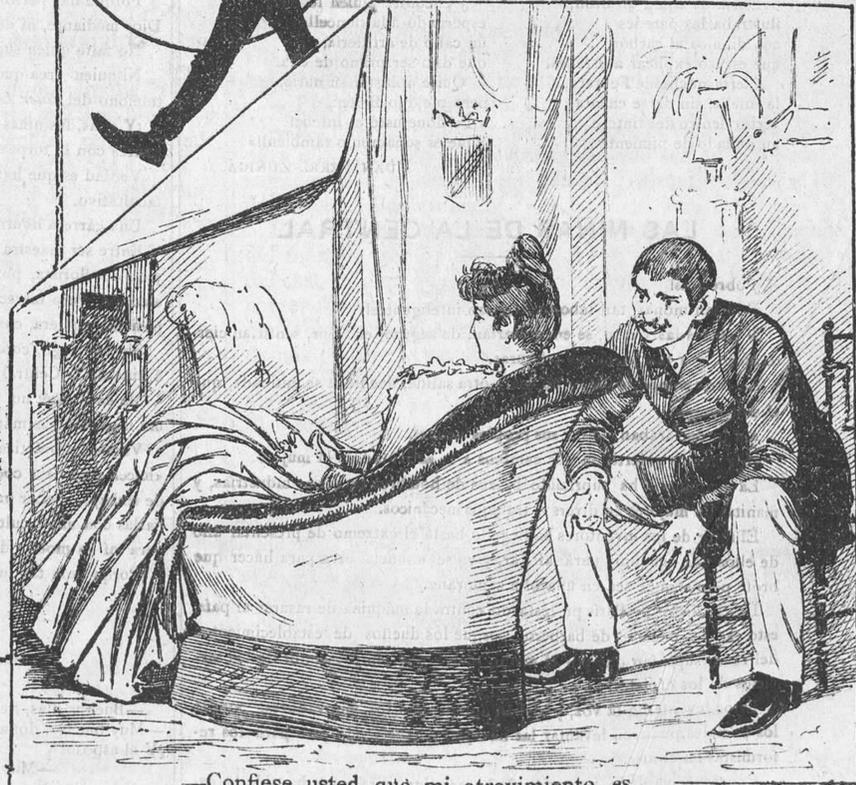
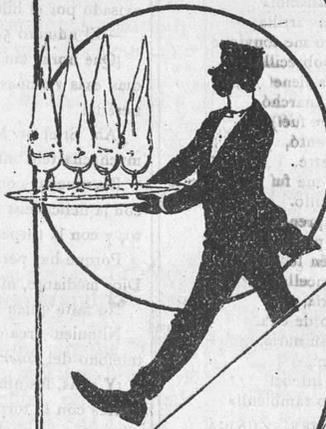
—Al bacarrat perdiera en un momento cien pesetillas, si tuviera ciento.



—No damos á usted un papelito en el *vau-deville* porque todavía no domina usted el idioma francés.

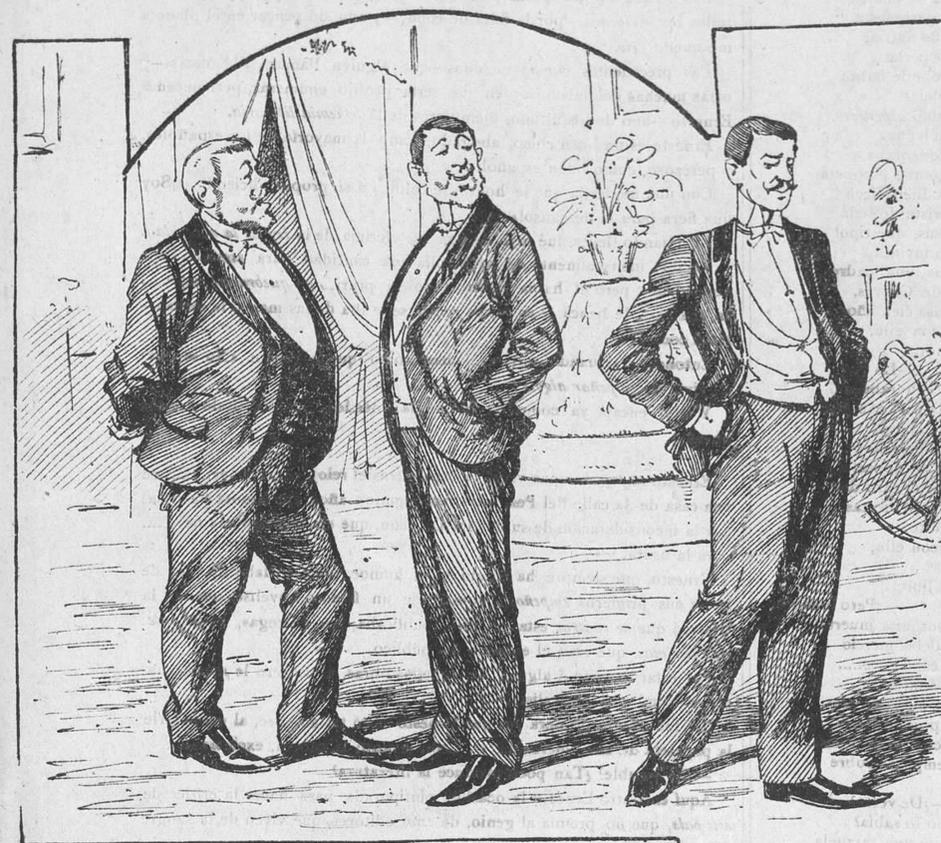
—¡Ah! Y justedes le dominan?

—Ya lo creo! Como que hacemos de él lo que nos da la gana.



—Confiese usted que mi atrevimiento es disculpable. ¿Qué haría usted si estuviera, como yo, á solas con una mujer hermosa?

—¿Y qué haría usted si estuviera, como yo, á solas con un caballero feo?



—¡Y que no se da tono ahora porque está en amores con la de Gutiérrez! ¡Como si todos no los hubiéramos tenido antes!



—Pues, señor, todos me dicen: «Abre los ojos, Gutiérrez, porque tres de tus amigos andan detrás de Mercedes.» Pero ¡bah! yo con las suyas les doy el chasco solemne y.... todavía les saco de ventaja dos mujeres.



—¿Quién es ésa?

—La de Gutiérrez.

—¿La qué.....? ¡Ay, quién fuera ella!

—¡Míá que no poder yo pasar la lengua por un sorbete de éstos!

porque lo que es mi Mercedes tiene una naturaleza *varisima*. En fin, Secundino, yo quiero unas frioleras para las pollas, de modo que á ver si saca usted telas bonitas.

—Pues ya lo creo. De todo lo que usted quiera. Precisamente ayer tarde se recibió una remesa de seis fardos y tres cajas con novedades muy *nuevas*. Ya verá usted. Por supuesto, todo en clase de primera. —¡Ay, qué felpa tan preciosa! —Eso es lo que más se lleva. Hoy me han comprado diez metros las de Navalagamella. —¿Y tiene usted otros colores en esta clase de felpa? —Sí, señora, muchos. Hay: lirio del valle, hoja seca, verde musgo, azul eléctrico, gris araña, churro, fresa, marrón, heliotropo, rata, rosa *fané, l. n.*, magenta, repollo desvanecido y humo de Londres y crema. —Pues deme unas muestritas, para que las niñas puedan elegir. A usted le habrá chocado que yo no venga por aquí tan amenudo como antes.

—¡Vaya! —¿De veras? Me lo había figurado. Es que hemos estado fuera un mes.

—¿En el extranjero? —¡Ay, no! En Colmenar de Oreja. Fue capricho de Gorgonio, ¡como tiene esas rarezas! A propósito: ¿hace mucho que no ve usted á la de Cuevas? —Mucho.

—El lunes me dijeron que ha tenido erisipela de resultados de un sofoco que le ha dado el de la tienda de comestibles. Es claro; como no paga las cuentas á su tiempo, se comprende. ¡Ay! se ha quedado muy fea; es decir, desmejorada, porque guapa no lo era, ni mucho menos. Ayer me la encontré en la novena de la Virgen de la Leche y del Buen Parto, con Sierra, su *agregado*, que *inter nos* es un pez de siete suelas, según dicen. Ya ve usted, y entretanto, el pobre Cuevas estaría en la oficina trabajando como un bestia, de fijo.

—Quizás. —Pues claro. ¡No ve usted que no sospechal

También estaba su madre, por cierto muy peripuesta, con manteleta de nutria, forrada de raso perla. ¡Sabe Dios de dónde habrá salido la manteleta! porque ellos están *asperges*; eso se nota á la legua. Por supuesto, le sentaba como á un santo una escopeta de dos cañones. Bien dicen que aunque se vista de seda la mona.... ¡Jesús, qué tipo! ¡Ay, hijo! Si yo tuviera, por mi desgracia, una madre como la de la de Cuevas, me estaba en casa cien años antes de salir con ella. Palabra de honor.

—Lo creo. —¡Ah! que sea enhorabuena. Ya sé que habla usted con una muchacha pantalonera, muy chulapona, por cierto. Me lo ha dicho mi doncella, que le vió á usted el otro día por la calle de las Huertas muy acarameladito. Se casará usted con ella, ¿eh?

—¡Dios me libre! —¡Pero hombre! ¡Mire usted el mosquito muertal! ¡Si ustedes los del comercio son todos más calaveras!.... Se parece usted á mi niño, que también las gasta de esas, ó las gastaba, porque ahora, como se ha hecho de la prensa, no le queda tiempo al pobre para amoríos.

—¿De veras? —¿Pero usted no lo sabía? Pues si ha escrito una zarzuela muy chistosa, para Eslava, con música de un albéitar amigo suyo, muy listo. Lo que tiene es que la empresa se la ha rechazado. ¡Envidias! Por supuesto, él bien se venga; porque se ha metido á crítico, y ahora ¡arrima cada felpa á los que hacen ese género de trajes, luces y piernas!.... De ese género es la suya. ¡Oh! ¡Pero está muy bien hecha! ¿Qué hora tiene usted?

—Las cinco. —¡Jesús! ¡y me estoy tan frescal! Córteme usted tres dozavos bien medidos de bayeta y mándemelos á casa: Perro, tres, tercero izquierda. Ya volveré cualquier día para que me dé usted muestras de *peluche* y....

—Sí, señora. De todo lo que usted quiera. —Gracias. Adiós, Secundino. —Adiós... bruja. ¡Así te mueras! J. LÓPEZ SILVA.

## LA SALVACIÓN DE CARLOS

(SILUETA)

Los que dicen que la vida es corta, deben pasarla muy bien en esta vida. En estos últimos tiempos ha llegado á ser tan empeñada la lucha por la existencia, que ya no se puede vivir sin *empeñar* algo.

Cierta clase de la sociedad es muy brillante, pero esa sociedad está montada al aire, como algunas de las piedras (preciosas) que le prestan su brillo.

Esa sociedad tendrá que desplomarse en virtud de aquella ley física que dice: «Los cuerpos simples buscan la gravedad.»

Porque, en su mayoría, está compuesta de *simples*.

Existe el derecho á la vida; pero algunos viven muy mal.

También existe el derecho al trabajo; pero muchos renuncian *generosamente* ese derecho.

Quizá por aquello de que cada derecho implica un deber, en el *deber* se estaciona muchísima gente.

Eso de que nuestro planeta se va enfriando, lo creo yo á pie juntillas todos los inviernos—por la falta de ropa,—y aun sin pensar en el planeta me quedo *frío*.

Las precedentes consideraciones—que alguien llamará filosóficas—; otras muchas del mismo orden que sería prolijo enumerar, pertenecen á Ernesto—uno de los últimos ejemplares de la *bohemia literaria*.

Ernesto es un buen chico: abogado, como la mayoría de los españoles, y perezoso, como buen español.

Con una modestia que le honra, se califica á sí propio, diciendo: «¡Soy una fiera para el descanso!»

Estudiando leyes, fué más de una vez víctima de la *ley de la necesidad*.

Recibía mensualmente de su familia una cantidad para atender á sus necesidades; pero él había puesto todo su pruri... en *quebrar el juego*.... en una casa de banca, y en pocos *golpes* se le iba de las manos la mensualidad consabida.

Entonces era cuando solía exclamar, como queda dicho: «No se puede vivir sin *empeñar* algo.»

Y aquí encaja ya como de molde la anécdota que da título á estas líneas.

Ernesto *empeñaba* unas veces la capa, otras el reloj, otras la levita.... en una casa de la calle del Pez, que hace algunos años era famosa (la casa) por la inconsideración de su dueño, D. León, que era también una fiera.... para la usura.

Ernesto, que siempre ha tenido buen humor, tuvo la diabólica idea de hacer sus primeros *empeños* á nombre de un famoso novelista que, en la época á que se *contrae* esta relación, publicaba, por entregas, obras *interesantísimas*, que eran el encanto del público.

Por estar suscrito á alguna de aquellas obras, al usurero le *sonaba* mucho el nombre del novelista.

Así fué que, la primera vez que Ernesto soltó tal nombre, al extenderle la papeleta de una americana, D. León levantó la cabeza, exclamando:

—¿Es posible? ¿Tan poco produce la literatura?

Aquí encontró Ernesto la ocasión pintiparada para hacer la crítica de *este país*, que no premia al genio, de *estos* editores, que viven de la sangre del escritor.... etc., etc.

Y tanto y tan bien habló de estos particulares, que sacó una peseta más por el empeño de la americana.

Las relaciones de Ernesto y D. León llegaron á ser casi íntimas.

Ernesto *empeñaba* y *desempeñaba* de una manera vertiginosa, usando siempre el nombre de Enrique Gutiérrez y Pérez, uno de los mas prestigiosos en el susodicho género de novelas por entregas.

—¡Hola, D. León!

—¡Hola, D. Enrique! Celebro verle por aquí.

—Cincuenta reales por este reloj.

—Vamos, ya se contentará usted con dos duros.

—No, señor; es indispensable que....

—Y á propósito, la señora quiere hablar con usted. M. dijo que le avisara en cuanto usted viniese. ¡Juanita! ¡Juanita! ¡Aquí está el Sr. Gutiérrez y Pérez!

—¿Qué querrá de mí la señora de D. León?—pensaba entretanto Ernesto.

Juanita, que era una señora ya entrada en años, pequeña y excesivamente gruesa, apareció sonriente detrás del mostrador.

—¡Cuánto celebro ver á usted. Sr. D. Enrique!

—Señora....

—Yo soy mujer....

—Ya lo había notado.

—Y como tal, curiosa. Mejor lo sabe usted que yo, puesto que conoce el corazón humano.

—Ya usted ve, soy novelista....

—Á eso voy á parar. Vamos á ver, entrando en materia. ¿Qué piensa usted hacer de Carlos?

—¿Eh? ¿Qué Carlos es.... ése?

—¡Hombre de Dios, el personaje principal de su novela! ¡Ah! ¡Qué joven tan simpático.... y tan guapo! ¡Y cuántos trabajos ha pasado desde la entrega catorce á la treinta y siete! Estoy ya identificada de tal modo con ese personaje, que tengo viva curiosidad por saber cómo acaba. ¿Cómo acaba Carlos, Sr. D. Enrique?

Un hombre de menos sangre fría que Ernesto se habría cortado en este trance. Él respondió con la mayor serenidad, para salir del paso.

—Carlos muere al final de la obra. Tenga usted la bondad de despacharme, Sr. D. León....

—¿Es posible? ¡Eso es una crueldad!

—Señora.... no hay más remedio.

—Cuarenta reales—añadió D. León, interviniendo en el diálogo.

—Yo ruego á usted—prosiguió la matrona—que modifique su pensamiento. ¡Es una lástima que Carlos muera!

—Necesito cincuenta—decía Ernesto, batallando con D. León.

—Vamos á ver—añadió por último Juanita, interviniendo en las operaciones de su marido.—Transijamos. Tú le das á D. Enrique los cincuenta reales, y él, en cambio, no matará á Carlos.

—Señora..... á ese precio..... Transigir es gobernar.

—Negocio concluído—dijo D. León, soltando los cincuenta reales.

—De modo que Carlos.....

—No sólo no morirá, sino que se casará con la mujer que ama.

—¡Magnífico!—concluyó Juanita.

Diez reales costó la salvación de Carlos.  
Hay quien dice que la novela valía mucho menos.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

## MINIATURA

Fué á confesarse un día,  
temblorosa de miedo, Rosalía.....  
Era tan inocente, que tomaba  
por un grave pecado  
el hecho natural de haber llorado  
cada vez que su madre la pegaba.

El confesor no puso  
atención en la pobre penitente,  
y empezó con tonillo indiferente  
el interrogatorio que está en uso.

¡Y qué impresión extraña sentiría  
la niña candorosa y asustada,  
que con las pocas frases que entendía  
acabó por ponerse colorada!

Mucho tiempo después, yo no sé cuánto,  
cubriendo con un manto  
el rostro, deslumbrante de hermosura,  
empezó á confesarse Rosalía,  
¡y qué cosas diría  
que se ponía colorado el cura!

SINESIO DELGADO.

## ¿CONQUE TE CASAS?.....

(Á MI HERMANO ADOLFO)

Al ver que te han convencido,  
te aseguro que he sentido  
un verdadero placer,  
porque, Adolfo, tú has de ser  
un excelente marido.

Tiene sobrada razón  
la necia murmuración  
en algunas ocasiones.  
¡Seis años de relaciones  
es mucha conversación!

Y no es raro que una chica  
buena, amable, hermosa y rica  
logre convencerte á tí,  
pues me parece que así  
cualquiera se sacrifica.

Ahora es cuando considero  
que el yugo matrimonial  
es un yugo llevadero,  
porque á nadie le va mal  
con mujer y con dinero.

Yo confieso ingenuamente  
que me caso, y prontamente,  
aunque digas que te copio  
en esto, que no es muy propio  
de una persona decente.

Tan convencido me dejas  
de que vivo en un error,  
que ya mi musa en sus quejas  
va lanzando por las rejas  
dulces suspiros de amor,

á ver si alguna beldad  
se compadece de mí,  
y hace mi felicidad  
con dinero y santidad,  
como te sucede á tí.

Entonces, por vida mía,  
te juro volverme ingrato  
contra mi eterna manía,  
y diré que el celibato  
es una majadería.

Que es mi empeño tan profundo  
y en tales razones fundo  
la verdad de cuanto digo,  
que voy á ver si consigo  
que se case todo el mundo.

Por tu manera de ser  
comprendo tu gozo, al ver  
mil envidiosos de tí  
cuando salgas por ahí  
del brazo con tu mujer

Ya sabes lo que te quiero,  
y te puedes figurar  
cuál será mi afán sincero:  
¡que haga la dicha en tu hogar  
su nido más duradero!

Y que vuestra santa unión  
ofrezca rico plantel  
de chicos á la nación,  
y que seas coronel  
del pequeño batallón.

ANTONIO CHÁPULI NAVARRO.



La empresa del Teatro de la Comedia se dignó señalar á este periódico dos butacas para cada función de segundo turno.

Bueno. El día del estreno de *Pasión de viejo* nos correspondían las dos butacas.... á no ser que yo me equivoque lastimosamente. Fuimos, pues, á recogerlas, y se nos dijo en contaduría que no podían disponer de ellas, porque, como era estreno, se las había llevado el autor....

¡Que se las había llevado el autor! No siento yo precisamente que no nos dieran las butacas, que al fin eso es disculpable cuando se tiene la entrada segura. ¡Lo que siento es que crean que hemos llegado antes de ayer de Vitigudino!

Un señor senador ha tenido la idea de presentar un proyecto de ley por el cual se llegaría *lenta, pero seguramente*, á la supresión de las corridas de toros.

Pero el padre de la patria volvió sobre su acuerdo, y el proyecto se quedó en idea.

¡Loado sea Dios!

¡Qué responsabilidad tan grande nos alcanzaría si priváramos de los cuernos á las generaciones venideras!



Los jóvenes simpáticos que forman la *Tuna de San Carlos* nos han honrado noches pasadas con una serenata de primer orden....

Yo no sé cómo agradecer obsequio tan inmerecido y me concreto á deseárselos una gran cosecha de perras chicas, una abundante colección de corazones femeninos, y.... buena suerte en los exámenes.

Que era todo lo que constituía mi ambición cuando andaba por esas provincias de Dios con el tricorno en la cabeza y las pantorrillas al aire.



Libros.

*Pandemonium*, artículos de crítica y sátira de D. Antonio Cortón, escritos con vigoroso estilo y pluma batalladora de verdad. Un tomo de más de 600 páginas, 4 pesetas.

*Nubes y celajes*, colección de cuentos é historietas sumamente agradables, de D. Tomás Bravo y Lecca. Un elegantísimo libro, ilustrado con buenos fotograbados de Gaviria (Valladolid). Precio, una peseta.

*Madrid-Club*, revista cómico-lírica de Fiacro Yráyoz, estrenada con gran éxito en el teatro Eslava. Música de Nieto.

*Chismes y cuentos*, pasillo en un acto y en verso, de los Sres. López Silva y Manzano, estrenado recientemente con éxito en el Teatro Lara.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. R. G.—Córdoba.—El reino de las sílabas está sumido en la anarquía más horrorosa.

O. K. Rina.—Pues mire usted, no puede decirse que sean malos, pero puede decirse que son un poquito inocentes.

Sr. D. J. I. G.—Madrid.—Me he dignado revisarla, y no puedo publicarla,

porque es medianilla ó algo más. *Tratan y gastan* trabajan lo indecible por parecer consonantes, pero ¡ay! ¡son inútiles sus esfuerzos!

Sr. D. J. F. del C.—No romancea usted mal del todo, pero ese asunto tiene poca miga.

Pelayo.—Sí, puede usted seguir por ese camino, pero despacio. Esa no es de la índole de esta publicación.

Sr. D. E. R. B.—¡Oh! ¡Qué vulgaridad!

*Uno de Madrid*.—¡Pero, hombre! Eso no es humorístico, ni puede serlo.

¡Una loa á Perall!

*La Mi-Re-Do*.—Bien, pero ahora ya no tengo á mano las coplas. No serían publicables si no pedí la firma.

Pepe M.—Sí hay ejemplares. Y los versitos esos parecen malos. ¿Lo serán?

P. G. y S.—¡Diantre! Nosotros no podemos decir nada.

Sebastián.—No puedo admitir artículos, ¡ay de mí, triste!

Juan de los Gollos.—Eso mismo se ha dicho varias veces y en varios tonos.

Coseno.—Diluído y confuso. Lo siento, porque usted es buena persona.

Sr. D. R. S. D.—No hay de qué darlas. Esa es flojita. El epigrama me lo remitió usted hace tiempo.

Sr. D. M. de B.—Valencia.—Muy vulgar el fondo, pero la forma es buena; sí, señor, buena.

Castaños.—Los versos no son cosa mayor. La letra es la infame, que no se deja entender. Diga usted lo mismo á Stephenson.

Cellini.—Pero ¿usted cree que Castelar se ha muerto? Pues no, señor, á Dios gracias.

Mario.—El romance de *presentación* está muy bien hecho. Lo otro tiene los propios defectos que usted señala, y algunos otros.

Antón Perulero.—Sigue usted tiniendo la misma gracia que antes de que li acoquinaran esos dolores del piscuezo. ¡Sí, señor!

Sr. D. J. F.—Valencia.—Hay que huir de ciertas incorrecciones que perjudican á la naturalidad. Pongo por caso:

«Te dije me recogía  
á las tres de madrugada.»

Porque así no se habla en el mundo.

Beltrán.—Son muy medianas. Usted mismo lo comprenderá si se fija un poco.

Un Zumalacatuche.—¡Y tan zumalacatuche! ¡Como que no tiene la menor idea de la versificación.... ni de la ortografía!

Sr. D. A. A.—Madrid.—Tres de esas miniaturas las conozco desde hace diez y siete años. ¡Y no son de usted!

Furisconsulto.—Tiene poca gracia.

MADRID, 1889.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934.

## REMEMBER



—¿Te acuerdas de aquellos versos que me dedicaste el día de mi santo, llamándome Filis y pastora sencilla?

—Mira, Gertrudis, ahora que estamos próximos á la muerte, debo confesarte, en descargo de mi conciencia, que no eran míos.

## ANUNCIOS

TIT. V. FAURE.

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS  
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

## PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

## COMPANÍA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA  
CON

## CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS  
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL: MONTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

## PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO BELGAOD

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

## COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo. que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

## ESPAÑA CÓMICA

Album de 50 cartulinas que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, a vuelta de correo.